



SUMARIO

Revista general.	Juan Perez Zuhiga.
ERRORES POPULARES:	
La mujer de su casa	Concepcion Arenal.
Los niños en los espectáculos	Dr. Martinez Aguila.
PRECEPTOS DE LA CIENCIA:	
El mes de Julio.	Dr. Calatraveño.
La mortalidad en la Inclusa.	Dr. Benavente.
El médico de niños.	Antonio Torrero.
El niño á la orilla del mar	Modesto Anuella.
JUNTO Á LA CUNA:	
La abuelita.	Condesa de Locatelli.
El Dios impenetrable.	C. Rodriguez Pinilla.
CUADROS REALES:	
La familia en Francia.	Dr. Fausto
Los puritanos.	A. Palacio Valdés.
BENEFICENCIA:	
Congreso protector de la infancia. — Informe sobre los hospitales de niños.	Manuel de Tolosa.
PENSAMIENTOS Y FRASES.	
	Couder.
	Balaguer.
	Frey.
	Vinet Necker.
A María.	Juan Perez Zuhiga.
DICHOS Y HECHOS.	
Publicaciones recibidas.	
Correo. Anuncios. (Véase la cubierta.)	

REVISTA GENERAL

No há muchos días los periódicos dieron al público la noticia de que el Dr. Fausto, dirigiéndose á extranjeras regiones, abandonaba sus niños de

Madrid. Mas si todos los abandonos de este mundo se hicieran con el propósito del que hoy sufren los protegidos de Tolosa Latour, ¡dichosos mil y mil veces los abandonados!

La relacion entre el deber de cortesía que invita y el corazon entusiasmado que acude á la invitacion, originaron el viaje del Director de LA MADRE Y EL NIÑO á la capital de la república vecina. Su participacion en el *Congreso internacional de proteccion á la infancia*, ha sido el ejercicio de un derecho á la vez que el cumplimiento de un deber.

En efecto; ¿sería justo negar el derecho de semejante intervencion al que consagra sus días á velar teórica y prácticamente por la dicha moral y material de los seres infantiles? Y ¿hubiera podido concebirse que nuestro querido Director, amante de todos los niños, y especialmente de los niños pobres, no acudiera solícito á poner de su parte todo lo posible para coadyuvar al mejoramiento de su clase protegida?

Mucho celebramos que el Dr. Fausto haya realizado su objeto; pero mucho sentimos tambien tener que consignar que si el hecho de haber cumplido tan laudable mision sólo *extraoficialmente* y *por su propia cuenta* es una gloria para él, constituye al mismo tiempo un motivo de censura para quienes, propicios muchas veces para poner en ejecucion lo baladí, suelen mirar indiferentemente lo que lleva consigo notoria trascendencia.

Un recuerdo breve, pero sentido, debemos dedicar á las inocentes víctimas de la catástrofe del teatro Victoria Hall en Sunderland.

Al regocijo del infantil espectáculo, sucedieron de improviso la desolacion y la muerte. Centenares de niños agrupados á la salida del local, empujándose unos á otros involuntariamente en el colmo del aturdimiento, y sin darse cuenta de los funestos resultados que tamaña confusion hubiera de producir, quedaron asfixiados en apretado monton, y la *Parca fiera* (como dicen los poetas) cubrió de inertes cuerpecitos el pavimento y de amargura infinita los corazones de muchas madres, que sin duda aguardarían impacientes el regreso de sus queridos hijitos, alegría y encanto de sus hogares.

¡Pobres niños y pobres madres!

*
* *

Pero hagamos la transicion de lo triste á lo risueño, de los sollozos á las sonrisas.

Desde hace pocos días se ofrece á los niños nuevo campo donde explayar sus ánimos; porque los ánimos infantiles, aunque libres de pesares verdaderos y absolutos, sufren relativas contrariedades, que ciertamente no serán muy profundas cuando pueden disiparse en breves momentos y merced á una funcion de polichinelas ó á un cartucho de confites.

Pues bien; en el ameno jardin del Buen Retiro, delicioso paraje que, probable y desgraciadamente, veremos pronto convertido en barriada de apiñadas y altísimas casas, han construido un teatro de fantoches, cuyas gracias y habilidades atraen diariamente una concurrencia numerosa y distinguida.

Omitiendo pormenores del espectáculo, harto conocidos de nuestros lectores, sólo diremos que allí hemos visto preciosos niños que harían las delicias de su entusiasta, el Dr. Fausto, y preciosas niñas *mayores* que harían las delicias de cualquiera, aunque no fuese doctor.

*
* *

Hemos oido decir que los niños que bajan al Prado á jugar en las noches del estío, piensan acudir en queja á las autoridades por la falta de consideracion que con ellos se ha cometido al distribuir la luz eléctrica.

«Toda la claridad — dicen — es para los tontos que andan sin cesar arriba y abajo, ora disgregados, ora formando grupos que no necesitan luz para conversar, ó amantes parejas que renegarán seguramente del tal progreso luminoso. Para hacer el amor, para murmurar, ó simplemente para

tomar el fresco, léjos de necesitarse la luz, más bien estorba. ¡Y en cambio nosotros, los que en apartado lugar viajamos en los cochecillos y jugamos al corro, al *matarile*, á la comba y al toro dado; nosotros, que corremos de una parte á otra, expuestos á rompernos algo en nuestras expansiones, permanecemos en las tinieblas! Protestemos ante tamaña iniquidad, y pidamos igualdad ante la ley y ante la luz. Llegue la blanca luz hasta nosotros, ó suprimase la innovacion por completo.»

Algunas señoras mal pintadas, y otras acostumbradas á *no vestirse* para bajar al Prado, piensan adherirse á la pretension de los niños, anhelando volver á la luz *gaseosa*.

(Por supuesto que no faltaría tampoco quien deseara hasta la supresion del gas.)

*
* *

Estando ocupados en la confeccion de estas líneas recibimos una carta del Dr. Fausto, carta que más adelante verán con regocijo nuestros lectores. Ella nos evita decir de París lo poco y descabado que sabemos por referencias, y en cambio nos proporciona el gusto de dar cabida á noticias directas, verídicas y galanamente expresadas.

¡Alguna vez había de llegar el correo con verdadera oportunidad!

JUAN PEREZ-ZÚNIGA

ERRORES POPULARES

LA MUJER DE SU CASA

Entremos en una casa bien gobernada y bastante influida por la señora, y veremos que el hogar es un centro de abnegacion y un núcleo de egoísmo. No se apresure el lector á decirnos que empleamos palabras contradictorias y frases extrañas para hacer efecto á costa de la exactitud; poca observacion se necesita para convencerse de que la misma persona que en casa se desvive por sus hijos, por su marido, por sus padres, fuera de ella nada hace; cree que las necesidades sociales no son de su incumbencia, y su mision se reduce á las de la familia. Así se lo han dicho de niña, de jóven y de mujer; así se lo repiten aún aquellos que abogan por que se instruya, por que se eleve, por que tenga más derechos. Es raro que para favorecer su causa aleguen otros motivos que la necesidad ó la conveniencia de que se ilustre, para que que pueda ser verdadera compañera del hombre y educadora de sus hijos; razones seguramente muy poderosas, pero que no extienden su esfera de accion directa fuera del hogar doméstico, ni le hacen comprender que su influencia deba ir más allá. ¿Cómo, pues, tendrá virtudes de que ni aún ha podido formar

idea? Carece de ellas sin culpa, por ser caso de ignorancia invencible.

Las cuestiones sociales, ni las entiende, ni suele saberlas, ni le interesan; y cuando el mal es tan grave que no puede ocultársele, llegan los ayes á sus oídos, más bien que la dolencia que los produce á su conocimiento, y propende á mirarla como resultado inevitable del encadenamiento de las cosas ó como falta de las personas; es el terremoto ó la culpa; la fatalidad á que es preciso someterse, ó el delito que se debe castigar; todo sin perjuicio de compadecer los dolores en la medida de su sensibilidad. Pero esta compasión, sin ser una farsa, tiene algo de teatral; quien la siente es mera espectadora, y no puede intervenir en el curso del drama, ni en el modo de representarlo, ni en el desenlace; de manera que, si por excepción asiste al espectáculo, cuando más, aplaude ó llora; es todo lo que hace y todo lo que puede hacer.

En tal estado del ánimo, ni el entendimiento ni la voluntad la impulsan á cooperar eficaz y directamente á la obra social, y no sólo no trabaja en ella, sino que, en vez de animar, retrae á su marido, á sus hijos, á su padre, á sus hermanos, y contribuye á entibiar su celo por el bien público. La mujer de su casa, que vive sólo en ella y para ella, no entiende ni le interesa nada de lo que pasa fuera, y juzga imprudencia, absurdo, quijotismo, disparate, tontería, según los casos, el trabajo, los desvelos y los sacrificios que por la obra social está dispuesto á hacer el padre, el esposo ó el hijo. Ellos no deben ser sino para los suyos, para su hogar, porque, cuando allí falte algo, no han de venir los de afuera á traer la tranquilidad, el dinero ó la salud que se perdió trabajando inútil ó neciamente por los que no lo merecen ó no lo necesitan. Si hay alborotadores, que los repriman los soldados; si delinquentes, que los castiguen los jueces; si ignorantes, que los enseñen los maestros. ¿A qué buscarse quebraderos de cabeza, y tener en ella planes de cosas innecesarias ó imposibles? El hombre á su oficina, á su cátedra, á su despacho, á su escritorio ó á su paseo si no hace nada, y á su casa y á su familia, sin andar buscando gastos y compromisos. ¿A qué estarse hasta las tantas de la noche, ó venir tarde á comer, ó no poder ir á tomar el sol ó el fresco, ó al teatro, ó á visitas indispensables? ¿A qué fastidiarse y matarse por cosas que no son obligatorias ni producen honra ni provecho? ¿Por qué Pepe no ha de imitar á Manolo, á Paco, á Perico, que están tranquilos y descansados en su casa, sin empeñarse en gobernar el mundo, que, hagan lo que hagan, ha de rodar como hasta aquí? Y ¿quién sabe si le ponen peor con esas innovaciones que dan tanto que hacer al que las intenta y son de tan poco provecho para aquellos en cuyo beneficio se hacen, si acaso no resultan ser daño para todos, como afirman personas muy sensatas?

Estos ó parecidos y equivalentes razonamientos se hace la mujer para persuadir á los suyos *que no se sacrifiquen por lo que no les importa*; y cuanto más los ama, con más empeño los disuade de aquellas obras en que no ve deber ni provecho, sino imprudencia y

daño. El lector habrá visto alguna vez una escena que pasa con frecuencia en la vía pública. Un hombre maltrata á una mujer, á un niño, á otro hombre; un agente de la autoridad abusa de ella y del arma que lleva contra un pobre diablo á quien golpea; con dos señoras pasa un caballero, es decir, una persona bien vestida, que, no obstante, es todavía hombre, y se indigna al ver un infame abuso de la fuerza, y va á emplear la suya para evitarle; pero las mujeres le cojen una por cada lado, se apuran, se afligen, le dicen que se comprometerá, que tendrá que ver con la justicia, que se perderá, que se acuerde de sus hijos, con otras mil cosas que exponen al compás de los esfuerzos que hacen para llevarle lejos del que necesita apoyo y del que necesita freno, y se lo llevan. Este cuadro da una idea del papel que con frecuencia representa la mujer en la sociedad cuando las virtudes del hombre salen del hogar y de la familia.

Si semejante disposición es grave respecto al padre, al marido, al hermano, lo es mucho más cuando se trata de los hijos. El amor de madre, tan puro y tan sublime á veces, como tiene tanto de apasionado y de instintivo, si no se ilumina mucho por la razón y se contiene muchísimo por la idea del deber, es un poderoso elemento de desorden moral y de injusticia. Esta empieza porque la madre exagera todas las buenas cualidades de su hijo y atenúa sus defectos, si acaso no los desconoce completamente, con lo cual ya parte de que merece mucho más de lo que en razón le es debido. Luego la madre quiere que su hijo sea dichoso, necesita que no sufra, porque sus dolores le duelen de un modo intolerable, y para lograr su bien y evitar su mal, como ella está dispuesta á sacrificarse, también propende á sacrificar á los otros. Tal egoísmo (que bien puede llamarse así porque la persona que le siente se identifica con aquella en cuyo beneficio se ejerce), este egoísmo, no deja de ser ciego y duro, como todos; además, como parte de la abnegación, se cree legítimo y hasta meritorio, y es atrevido, insolente, sin parecer cínico. ¿Quién no recuerda injusticias de mujeres honradas porque se trataba de lograr el bien ó de evitar el mal de un hijo?

CONCEPCION ARENAL.

(Se concluirá.)

LOS NIÑOS EN LOS ESPECTÁCULOS

I

EN LA PLAZA DE TOROS

Triste costumbre es, por más que esta idea no esté en armonía con lo que hoy se llama *progreso* por determinadas personas, la de llevar á los niños á presenciar el espectáculo anticulto de las corridas de toros.

No hemos podido nunca comprender qué ventajas ó utilidades reporta á los padres obligar á que sus hijos asistan á una fiesta, como desde antiguo se dice, contraria completamente á las inclinacio-

nes del niño que empieza á conocer los seres y objetos que le rodean. Los niños son, en general, de carácter tímido é impresionable; el objeto ó ruido más insignificante que ellos no hayan apreciado de antemano, les aterra y obliga á buscar refugio en el protector regazo de su madre ó de persona que les inspire completa confianza; ¿por qué, pues, hacerles ser espectadores de las terribles luchas que se suceden en el circo taurino entre los hombres y los animales, y éstos entre sí? La primera vez que presencian tamañas atrocidades su tierno corazóncito debe de palpar con excesiva violencia, y hemos observado al pequeño espectador durante la lidia que no pierde, cual inteligente aficionado, el más insignificante detalle, que sus ojos parecen querer saltarse de las órbitas, sus movimientos son convulsivos, se tapa instintivamente la cara con las manos, éstas se las aprieta y retuerce, y al grito de angustia sucede el de satisfacción cuando por un corto intervalo cesa la parte interesante de la fiesta.

¿Y nos quieren decir los que se enorgullecen de que los niños presencien las terroríficas escenas de la Plaza, si aquel sistema nervioso funcionará con la regularidad que lo haría si, apartándole de todo aquello que no sea excitarle, se le distrae con cuentos morales, juegos higiénicos, espectáculos adecuados á su edad, etc.? Positivamente que no, pues los disgustos y sobresaltos sólo les proporcionarán, y es lo que ménos puede sucederles, el insomnio ó el sueño intranquilo, las indigestiones, la inapetencia, y hasta modificar el carácter, de ser apacible y dulce, convertirse en irascible y belicoso.

Se nos argumentará que es verdad cuanto decimos, pero que, acostumbrados los niños á presenciar las dichas escenas, su sistema nervioso no padece tanto y hasta puede llegar á ser insensible. Hasta cierto punto, tiene tristemente algo de verídica esta asercion; pero ¿y los sentimientos, que es obligatorio inculcar á los niños, de cariño y respeto á sus semejantes y de proteccion á los animales? ¿Y las expresiones groseras y escandalosas que llegan á sus inocentes oídos, penetrando en su cerebro, envenenándole, dichas por parte del pueblo ebrio de sangre y vino, que exige lucha puesto que lo paga?

Todo esto indudablemente no contribuirá hacer del niño cariñoso y amable, el padre amante de su familia y de sentimientos sanos, tanto en la parte moral como en la religiosa, sino, desgraciadamente, todo lo contrario. Sabemos de niños que, acostumbrados al espectáculo, su mayor placer es presenciar una *cogida*, es decir, ver al hombre ó diestro (sin destreza) ser vencido por la fiera, revolcarse en su propia sangre, llamar á los seres

más queridos de su alma y exhalar el último suspiro en el circo que con tanto entusiasmo pisó. Decimos que estos niños experimentan placer en este drama, claro que sí; su inteligencia no está en disposicion por la edad y por la *costumbre* adquirida de apreciar que aquel ser que acaba de existir es un hombre como sus respectivos padres á quienes adoran entrañablemente; que tendrá hijos que si en aquel momento no le lloran, porque, cual él, no conocen la desgracia, lo harán más tarde, y, por último, que queda una mujer arrastrando para siempre una miserable y triste vida sin el apoyo del que la dió su nombre.

Terminamos refiriéndonos á la madre que lactando pretende gozar con el espectáculo que nos ocupa. Esta madre, como mujer, tiene indudablemente el sentimiento más vivo y delicado que el hombre. ¿Qué condiciones tendrá el alimento que da al ser que cobijó en sus entrañas, bajo las mil impresiones casi todas desagradables, que experimenta por espacio de tres ó cuatro horas? Inútil es decir el perjuicio que esta madre se hace á sí misma, y más aún al niño que amamanta, puesto que en la mente de todos está los gravísimos inconvenientes que la tal distraccion proporcionará á ambos.

Con lo expuesto creemos haber demostrado el mal que se hace con que los niños presencien las escenas que necesariamente constituyen la funcion española. Nos parece que los padres se fijarán en lo que á grandes rasgos dejamos consignado y no educarán á sus hijos de otra manera que haciendo penetrar por los ojos de su inteligencia sanos consejos acompañados de buenos ejemplos que formen del niño el valioso hombre de sociedad.

DR. J. M. A.

PRECEPTOS DE LA CIENCIA

EL MES DE JULIO

LOS BAÑOS

La mayoría de las familias acostumbran en este mes á efectuar las expediciones balnearias, bien á los establecimientos minero-medicinales, ó ya á las playas del Océano; por lo tanto, creemos ha de ser de utilidad recordar á la ligera los preceptos que hay que tener presentes si el baño ha de producir los efectos apetecidos. Siendo su objeto no solamente limpiar la piel, sino á la par excitar la actividad funcional del sistema tegumentario, obrando como obran sobre los músculos, vasos y nervios colocados debajo del mismo, debe considerarse al baño como parte integrante de la limpieza diaria, tan precisa en la primera edad.

El cuerpo del niño no se sumergirá en el primer

baño sin estar friccionado ligeramente con una sustancia grasa (manteca ó aceite): la temperatura del mismo será de 28° R. Estará compuesto de agua pura, á la que se podrá adicionar almendras ó salvado: cualquiera otra sustancia (vino, plantas aromáticas) suele ser innecesaria, y á veces hasta perjudicial; por tanto, no debiera procederse sin consejo del médico.

En los nueve primeros meses el niño puede ser bañado todos los días, siendo la temperatura en los seis primeros de 27 á 28° R., y la duracion de cada baño de seis á ocho minutos. Desde el séptimo mes la temperatura puede ser de 26 á 25° R., pudiendo descender á los doce meses á 24 y 23° R. No se bañarán con frecuencia los niños que padecen afecciones crónicas de la piel, y cuando se efectúe sea con agua fresca: la caliente hiperemia el cutis aumentando su lesion.

La edad de cinco á seis años es la más á propósito para empezar á hacer uso de los baños de mar, teniendo suma precaucion en todo lo que se refiere á duracion de los mismos y al choque de las olas. Finalmente, se evitará el baño durante el período de la digestion, se vigilará por los padres ó encargados la entrada y salida en el agua, la aireacion, etc., pues el olvido de estos consejos pueden ocurrir trastornos que suelen achacarse al uso de las aguas.

DR. FERNANDO CALATRAVEÑO.

LA MORTALIDAD EN LA INCLUSA

En la obra titulada *Destruccion y conservacion de los expósitos*, que escribió y dió á luz D. Antonio Bilbao, dice este respetable filántropo que de una Casa en que entró una multitud de niños solamente dejó de morir uno, perdiéndose los restantes por falta de providencia; y tratando de indagar las causas de tanta desdicha, supo que no era de un año, sino de todos; no de una Inclusa, sino de muchas; no de un reino, sino de toda la tierra.

Por muy exagerada que parezca la afirmacion de este escritor, no dejan de ser bien tristes y desconsoladores los resultados que arrojan las estadísticas conocidas de las principales ciudades de Europa.

En el informe que acerca de la Inclusa de Dublin presentó Sir John Baquare al Parlamento de Irlanda, se demuestra que de 19.420 expósitos que entraron en veinte años, murieron 17.440. De 7.650 recogidos desde 1781 á 1784, murieron 2.944 ántes de los quince días siguientes á su ingreso. De 2.180 que entraron en el año 1790, sólo 187 llegaron á cumplir un año. De 12.786 que entraron desde 1798 á 1805, sólo quedaron á los cinco años 135 de aquellos infelices.

La Inclusa de Lóndres no ofrece resultados tan desastrosos, si hemos de juzgar por los datos publicados en estos últimos años, pues sólo pierde el

20 por 100 de los expósitos que en ella se admiten.

En la de San Petersburgo murieron más del 33 por 100; y en la de Moscou, de 37.607 expósitos entrados en veinte años, no quedaron más que 1.020.

En la Inclusa de París, segun el informe de monsieur Lainé, ministro del Interior, la proporcion de los muertos fué de 70 á 91 por 100 en los años de 1787, 88 y 89; de 75 por 100 desde el año de 1805 á 1816, y de 54 por 100 desde esta época hasta 1841, advirtiendo que el 68 por 100 moría ántes de cumplir un mes.

La Inclusa de esta corte no ha sido en los años pasados mucho más afortunada que las de otras capitales de Europa, pues segun los datos publicados en la *Revista de Madrid*, y que constan en el archivo del Establecimiento, de 65.580 niños entrados desde el año de 1787 hasta el de 1843, fallecieron 54.847.

Este brevisimo resumen de estadística mortuoria es harto elocuente y sobrado eficaz para impedir que nadie se sorprenda al saber que de 1.648 niños entrados en la Inclusa de Madrid durante el año de 1875 hayan fallecido dentro del Establecimiento 392, debiendo tener en cuenta las siguientes consideraciones:

1.^a Que habiendo entrado en el año 1875 55 niños ménos que en el de 1874, han fallecido en aquél 107 ménos que en éste.

2.^a Que de los 392 expósitos fallecidos 141 fueron declarados *inconservables* (no viables) á su ingreso en el Establecimiento.

3.^a Que 220 murieron ántes del primer mes, y 80 de éstos ántes de los ocho días.

4.^a Que algunos niños que figuran como muertos dentro del Establecimiento han sido entregados en tal estado por las nodrizas externas de Madrid, para ahorrarse éstas los pasos y diligencias que exige el Registro civil.

5.^a Que áun en las condiciones más favorables de la vida, de cada millar de niños que nacen 180 mueren ántes de cumplir un año.

Las enfermedades congénitas y el exiguo desarrollo de las criaturas no viables revelan algunas veces la perniciosa influencia que sobre su tierna organizacion ha podido ejercer el estado moral de las desdichadas madres, cuyos remordimientos y vehementes deseos de ocultar su deshonor las inducen á emplear medios nocivos para su salud y la de sus ilegítimos hijos, pudiendo decir de estos infortunados:

«Tan triste y desgraciada fué su muerte,
Que amor contra el honor les dió la vida
Y honor contra el amor les dió la muerte.»

Por la debilidad é imperfeccion con que nacen y por la duracion brevísima de su vida, los expósitos inconservables que se reciben todos los años en la Inclusa no debían figurar en el Registro civil, ni como nacidos ni como muertos, sino inscribirlos en los libros parroquiales como ángeles que pasan rápidamente por este valle de lágrimas, volando al cielo para rogar por sus ignotas y pecadoras madres.

DR. MARIANO BENAVENTE.

EL MÉDICO DE NIÑOS

Este individuo, que, aunque sin méritos para ello, trato de exponer á la ilustrada consideracion de los lectores de esta REVISTA, es un sér poco estudiado aún en sociedad, porque, acostumbrados en ella á aprovecharse de los objetos ó sujetos útiles tan sólo en aquellos casos en que parecen hacer más falta, la ocasion en que se los suele buscar no es la más á propósito para estudiar los hombres, sino los hechos.

Jamás vereis que el médico de niños se dedique á esta especialidad por lucro, no; es una fuerza superior á su voluntad la que le arrastra á dejarlo todo por los niños, por los cuales quisiera saber mucho, para los que desea acumular más ciencia, tomándose cuanto interes puede á fin de obtener el mejor resultado en sus padecimientos.

¡Oh, madres! Vosotras no sabeis cuánto sufre ese médico á quien veis impassible, inalterable al parecer, observando junto á la cuna; y es que, como vuestros ojos están nublados por las lágrimas y la congoja, no podeis ver esa furtiva lágrima que hace despedirse al médico de prisa y sonrojado. Sí; ese médico que recorre un campo de batalla sin miedo á las balas ni á los hombres; ese médico que empuña el cuchillo sin temblar, acometiendo las más atrevidas empresas de Cirugía, ese mismo médico llora al ver que no puede salvar la vida á un niño que tres días ántes no conocía.

El médico dedicado al cuidado de los niños siente, casi como si fuera su padre, sus dolores y sus desgracias; y tanto éstas, que tratando de evitarlas, si yendo por la calle ó por el campo ve alguno en peligro, hay ocasiones en que interrumpe su marcha, y, ó bien á la manera de un cura de aldea les reprende, ó si no lo hace, de una ú otra manera procura evitar les suceda algun fracaso, y su pensamiento fijo en aquellos niños y aquel juego no le deja estar tranquilo, y reprende á los padres su imprevision, les hace ver las fatales consecuencias que su descuido puede ocasionar y los medios de evitarlas, modificando sus juegos ó reemplazándo-

los por otros ménos peligrosos. Sus desvelos llegan hasta regañar á las madres descuidadas, suplicar á los padres, predicar con fe á todos á fin de propagar aquellos conocimientos que tanta utilidad pueden reportar á las familias y que tan descuidados se hallan generalmente.

El médico de niños tiene ratos malos y ratos buenos, ocasiones de deleite y de abatimiento.

Ver con cuánta indiferencia se miran sus consejos; oír á la madre, que se cree ofendida porque se le dice que no cuida bien de sus hijos; la contravencion de sus órdenes, bien por negligencia de los que rodean al enfermo, ó por la impaciencia y contemplaciones con éste, ó ver, por fin, empeorar al enfermito, es para el médico ocasion repetida de disgustos, tristezas y amarguras, que con dificultad templan los placeres de la vida ni los goces de la tierra.

Ver jugar á un niño ya convaleciente, aunque sin hacer caso de aquel que con tanta satisfaccion lo contempla; ver un grupo de revoltosos niños en confuso tropel pareciendo disputarse, con sus caras de ángeles á cual más lozanas, es para nuestro médico una de sus mayores alegrías, uno de sus placeres. ¿Para qué más distracciones?

Oír de la boca de una madre agradecida:

— «¡Por usted vive este niño, quien, á la vez que á mí, salvó la vida!» vale más que todas las adulaciones del mundo.

¡El mundo!... Los médicos que reseñamos no viven en el mundo comun á todos: viven en un mundo especial, y algunas veces fuera de él, porque como los seres que más tratan son ángeles, tienen que pensar mucho en lo sobrenatural, en lo divino; y ¡cómo no pensar así, cuando se observan en los niños curaciones prodigiosas que, por lo rápidas ó por lo difíciles de conseguir, no pueden en el primer momento atribuirse á otra cosa que á Dios!

Los médicos de niños, abstraídos del mundo, pensando tan sólo en sus enfermitos como padres morales de ellos, viven por éstos y para éstos; y si tienen que repartir el tiempo entre otros enfermos adultos ú otras ocupaciones, les parece tarea pesada, difícil, enojosa, porque no es aquélla su vocacion, no han sido llamados para aquello. Su tarea es repartir caricias y medicamentos á los niños, y aunque un día y otro día reciba tan sólo desdenes como premio de sus afanes, no los recibe con disgusto, porque no va á cambiar caricias, sino á darlas, así como no va á dar satisfacciones, sino á tenerlas.

Este es el médico de niños, segun yo lo comprendo en su parte moral: en su física es imposible la reseña; figuráoslo como querais, pero jóven ó viejo,

hermoso ó feo, simpático ó antipático, siempre es un hombre todo corazon, todo amor, todo juventud en su manera de tratar miéntras está con los niños; todo vejez cuando, separado de ellos, con maduro juicio da consejos ó estudia la mejor forma de darlos.

ANTONIO TORRERO.

Mahora (Albacete) 1883.

EL NIÑO Á LA ORILLA DEL MAR

Vedlos: procedentes de padres demasiado débiles, dominados por la horrible escrófula, deformados por el raquitismo, ese espantable Cuasimodo, multitud de ciudadanuelos, alborotadores como caterva de pajarillos enjaulados, ó silenciosos como muñecos de cera, van diariamente á las orillas del mar en busca de vida y salud.

La madre (siempre es la madre quien pregunta estas cosas) ha ido al doctor, á aquel viejo venerable testigo de mil angustias sublimes y cien momentos de dolor; y presentándole su hijo, con angustiosa mirada le ha dicho:

— «Este es mi hijo, el mismo niño que no hace mucho tiempo vino á inundar de placer purísimo mi pecho, embalsamado aún con el azahar; en él se cifran las esperanzas de una naciente familia... sin embargo, miradle bien; el ángel con que soñé, ó no tiene alas, ó en lugar de ellas, tentad, tocad sin miedo, yo noto unos huesecillos salientes... descarnados! Está débil, lo sé, muy débil; con envidia miro otros pequeñuelos, y por más que exclamo en alta voz para oírlo mejor: «La gordura de ese niño no es natural, es nociva, perjudicialísima»... ¡si viera Ud., querido doctor, qué pena experimento!.. No me diga nada, mejor dicho, no me lo diga todo... El niño está mal, lo presiento; pero no se morirá, ¿es cierto?.. Los baños, esos baños de mar que son tan buenos para los individuos débiles, ¿no darán fuerza á mi chiquitín?.. Yo haré todo lo que me diga... pero déjeme creer que se salvará... ¿Habrá sido el ama, Dios mio?.. No deje de aconsejarme lo mejor... Mire...»

Y el médico ve: por una parte, una madre joven, desesperada, que teme, llora, y con sus entrecortadas é incoherentes palabras va descubriendo un mundo de sentimientos; por otro lado, el niño, el mismo pequeño, tan esperado y tan querido, que se prepara poco á poco á dejar la existencia como abandona un febricitante el mejor manjar. Parece que ha llegado el pobre-cillo á los postres del gran banquete de la vida y que, sin esperanza de recoger ni una migaja, cierra los ojos y muere resignado en la inacción.

Pocos días despues, la madre, dispuesta á reñir como una heroína á brazo partido con la muerte, se encuentra con su hijo á las orillas del mar. Empieza la lucha, ¡pero en qué condiciones! El general en jefe, el anciano médico, sigue su improba campaña en la ciudad. Es verdad que en el puerto, en la poblacion misma, hay otros sabios médicos; pero, ¿quién se atreve á ha-

blar de enfermedades en medio de alegres comensales? Y, sobre todo, ¿cómo revelar que se teme por la vida del niño? Sería dar alientos á esa invisible infame que acecha el menor descuido para llevarse su delicada é inerme presa, casi segura.

En este conflicto, la ciencia, la verdadera ciencia, enemiga de la supersticion y de las preocupaciones, ha venido silenciosamente á prestar á la madre un auxilio poderoso, dándole medios de proseguir su empresa grandiosa. Preséntase sin pretensiones, calladamente se posesiona de la inteligencia de aquella mujer, y pronunciado un entusiasta *fiat lux*, desaloja de aquel entendimiento mil ideas negras, que, semejantes á aves norturnas, creían anidar allí eternamente.

Nadie puede conocer el misterio de tantas trasformaciones: la angustiosa expresion del rostro de la madre ha desaparecido, las dubitaciones y las contraórdenes debidas á la ignorancia no se revelan ya; el niño, ¡cosa inverosímil! está sometido á un ordenado régimen, come á sus horas, juega á sus anchas, y hasta los besuqueos y las zalamerías han experimentado por lo ménos la rebaja de un 25 por 100. Los baños empiezan á dejar sentir sus efectos saludables. La arena de la playa, húmeda y dócil, adopta las formas ya más redondeadas del pequeñuelo, contribuyendo á fortalecerle. En una palabra, la madre, no sólo ha ganado por esta vez la batalla, que en tan malas condiciones emprendiera, sino que se prepara á efectuar su entrada triunfal en el hogar en cuanto las brisas sean más húmedas y frías, y tema ver nacer el peligro donde halló la salvacion.

Dejemos que se alejen más contentos ó ménos voceadores los pajarillos y los niños de cera de que hablabamos en un principio. Los primeros vienen hastiados de libertad; á los segundos se les ha fundido la inexpresiva capa cérea, que tanto parecido les dió con muñecos sin color, ante los ardores de un sol luminoso, y ya ríen. Volvamos á la playa abandonada, y sobre una silla — olvidado quizá por ingratitud ó descuido — hallaremos un librito que nos dará la clave de aquel misterio. Entre sus páginas ha encontrado la madre los preceptos más sanos y oportunos para emplear los baños de mar en su niño, debiendo, por lo tanto, al doctor Brochard, ó á cualquier otro de esos desinteresados escritores científicos que emplean sus cortísimos ocios en hacer bien á la humanidad, los consejos, que le han sido de tanto valor.

Hemos hablado del Dr. Brochard, y no queremos terminar estos renglones sin que al pié de ellos vaya el recuerdo de una de sus más útiles obritas. Nos referimos á su tratado sobre los baños de mar (1), libro que debiera acompañar siempre á la madre en sus excursiones veraniegas. Nada más á propósito para conseguir el objeto que se proponen los prácticos al recomendar el mar para el tratamiento de mil enferme-

(1) *Del uso de los baños de mar en los niños*, por el doctor Brochard. Traducción del Dr. Ulecia, un tomito en 8.º, 2 pesetas. (Véase el anuncio. Rebaja del 25 por 100 para nuestros suscritores.)

dades de la infancia, que conocer á fondo las indicaciones del momento y mil detalles que, ni son para enumerados en breve espacio, ni pueden preverse y recordarse sin tener un compañero tan silenciosamente elocuente como un libro de la utilidad del ya mencionado. A las que lean atentamente esta y otras obras semejantes, se les puede decir:

—¡No temais, madres cariñosas; la ciencia que os hace comprender la grandeza de vuestra mision, vela por vosotras y por vuestros hijos!

¡Ojalá supieran todas las madres cuál es la verdadera extension de su deber al borde de la cuna, junto al hogar, en medio de la familia y hasta á la orilla del mar!

MODESTO ANUELLA.

JUNTO Á LA CUNA

LA ABUELITA (1)

Una madre ésto con todos sus hijos; muchos hijos no son tales con una madre.

(Sentencia popular.)

Han trascurrido muchos días de mortal angustia para la anciana abuelita, que sin cesar vela junto al lecho en que yace su querida niña, desencajada, inerte, muda, insensible á todo como la misma muerte, de la que parece fiel trasunto. Ya la fiebre no puebla de alucinaciones su cerebro; su respirar es penoso pero leve; tiene pálidos y secos los labios, las manos áridas también, y, sin embargo, ¡qué hermosa está!... Como la estatua yacente de una virgencita en celestial trasfiguración.

Todas estas apreciaciones impresionan y desgarran el corazón de la desolada señora, que la contempla con actitud dolorida, casi desesperada, porque ¡hace ya tantas horas que no responde á sus preguntas, ni á sus ruegos, que la dirige con una persistencia casi cruel! Se encorva sobre su ídolo, y besa con pasión aquella boquita marchita, luego sacude el cuerpo... ¡nada! la misma inmovilidad, igual indiferencia; ¡aquello es desesperante! el dolor la conduce á las mayores extravagancias; se apodera de los frascos de medicamentos y los arroja lejos; descuelga una imagen y la deposita sobre el cuerpo de la enfermita, y despues un rosario y un ramillete de flores; luego reza, se lamenta, se aleja, sonríe, solloza, va y viene, abre cajones, cierra ventanas, prepara en orden admirable piezas de lencería, vasijas, repone el aceite de la lámpara de noche; batalla con todo, con la luz del día, con los mosquitos que llegan del jardín, con el viento, consigo misma, con cuanto sirva para producir un rumor, un roce, un soplo, porque teme sea sacudida su niña de aquel terrible letargo, que á veces la esperanza trasforma para ella en reparador descanso.

Por fin se oye rumor de pasos.

(1) De la novela inédita *Cria cuervos...*

—¡Es él, él quizá! — exclama — pero... ¿la salvará? Ya llega; en efecto, es el doctor.

El que se adelanta es un hombre sujeto á sus propios errores, y además á los de la ciencia.

—¡Dios mio, cuánto ha tardado Ud.! — prorrumpe la abuela casi arrastrándole al lado de la enfermita.

Pasa el exámen facultativo, y llegan las inexorables preguntas; en vano el apurado médico calla; le miran dos ojos muy abiertos, que retienen las lágrimas como, si al caer, pudieran producir ruido.

El doctor deja la alcoba sin apartar su mano de la frente contraída y como anublada, llevándose tras de sí á la abuelita, en quien acrecen los sollozos sofocados y las exclamaciones ocasionadas por sombríos pensamientos.

—¡Está peor... se va el ángel de mi vida!... ¿No es eso? — balbuceó la anciana.

Una inclinación de cabeza del médico confirmó sus palabras.

—¡Virgen del cielo!... ¿Y Ud. permanece así?... entonces... ¿qué sabe Ud.? ¿para qué sirve Ud.?... ¿dónde está su ciencia? ¿no tienen Uds. nada... nada, ni siquiera entrañas?...

Y sobre el paciente médico alzó colérica los airados ojos.

—Dije á Ud., señora, desde luego que era un caso desesperado — objetó con moderación — y por ello insistí en que otros comprofesores me ayudasen; quizá esté yo alucinado; ¡pobre Lolita!... la ví nacer...

Y al decir esto vibraba en su acento el dolor.

—¡Qué bueno es Ud.!... y yo... perdóneme — dijo cambiando de tono la abuelita — pero... ¿de modo que partirán á buscar á esos facultativos á Granada?

—Sí, sí, que corran y tornen presto; quizá lleguen tarde! — respondió el doctor mientras escribía rápidamente.

—Por tanto se ha perdido todo — gimió sordamente la desventurada con un arranque de dolor infinito, cruzando las manos y alzando los ojos en ademán de queja; en seguida, volviéndose:

—¿Estás ahí, Marica? — preguntó con desentono.

—Estoy velando, señora — contestó la moza á través de un bostezo.

—Di á Roque que prepare la góndola, que le acompañe la gente necesaria, y antes de ponerse el sol esté en Granada; ¿oyes? Que no tenga duelo del ganado, que lo reviente, pero que me conduzca pronto á los médicos; estas cartas son para ellos: cuidado; toma, no borres los sobreescritos.

—Todo se cumplirá.

Y la criada desapareció como una exhalación.

—Señora, descanse Ud. un poco — propuso el doctor — yo pronto vuelvo; voy á consultar algunos libros, y á revisar mis anotaciones.

Y oyendo los acongojados sollozos de la abuela, añadió:

—Amiga mia, muy empeñada es la lucha; casos he tenido complicados, inexplicables, lógicamente absurdos como éste; pero la juventud ha derrotado al pérfido enemigo.

— ¡Oh, librádmela por humanidad... por misericordia, por ambicion, por amor de vuestros mismos hijos! ¿Verdad que no sois tan insensibles y nulos como cree el vulgo? No, no puede ser; aunque sólo tuviérais la práctica... bastaría... pero, ¡qué sandeces digo! Sí, sí, pedidme ó tomad cuanto poseo... llevaos mi hacienda: no diré esta boca es mía; ¡valiente cosa me importaría á mí la pobreza!... ¡Pero cómo le distraigo á Ud. de sus meditaciones, cuando debo dejarle para que vaya usted á estudiar! ¡Oh! Dios, restituídmela como estaba ántes.

Dejóse caer la abatida señora en un confidente mientras el médico se alejaba, y tanta era la opresión de su pecho y tan fuertes los latidos de su corazón, que parecía iban á asfixiarla.

— ¿Me dejará Dios sola? ¿Me arrancará la compañera de mi peregrinación postrera? ¿Perderé el amoroso sosten de mi alma? ¡Ah! Entónces, ¿qué me restará ya, buen Dios? Será preciso que Tú me lo digas...

Y arrebatada su cabeza por mil ideas, proseguía en voz alta su monólogo de esta manera:

— A mí me parece que sin mi niña todo acabó para mí. Señor, acuérdate que vas despojándome de todo poco á poco; que ví desaparecer hija, padres, esposo... Si esto sucede también... ¿qué me restará, buen Dios? ¿Dónde quieres que vuelva los ojos? Quizá del lado del cementerio, acaso hacia el cielo... ¡Oh! ¿Vagaré sin reposo entre la tierra y las nubes, sin ver nada en fuerza de tanto buscar? Los solos bienes que me multiplicas, Señor, son los bienes de fortuna; es decir, que me das la tarea de hacinarlos en el calabozo de una fría y oscura vejez.

Guardó algunos instantes de silencio, y continuó diciendo con acento de profunda ternura, como si hablara con su nietecita:

— En tí, niña, reaparece la adorada imagen de tu madre, que parece mirarme con tus ojos; tu voz eco fué de treinta años de felicidad pasada; ¡oh! santa y bendita criatura, Lolita mía, en tí renacían mis mocedades, pues mirándote revivía mi sangre; consoladora aparición de mi hija, fuistes dulce prenda de su amor, perfume y sol de mi casa; vas á dejarla; si te arrancan de aquí... sólo me queda abrazarme con la muerte.

Y la abuelita se doblegó acometida por un sollozo desesperado que amenazaba ahogarla.

Súbitamente se irguió; creía que su nieta la llamaba; ¡vana ilusión! La hermosa niña dormitaba pesadamente, y ni siquiera había cambiado de actitud... La abuela suspiró, arregló maquinalmente los pliegues del mosquitero del lecho y volvióse donde estaba.

— ¡Calle! — exclamó, escuchando una voz infantil que alborotaba en la calle — cantan... ríen... ¡ay! así va el mundo — murmuró, aproximándose al balcón atraída por triste curiosidad. — Es Carmenzuela, la muchacha de Damian; por ahí cruza haciendo cabriolas... va á la fuente tan opulenta de alegría y de salud en su miseria; parece que va insultando á la muerte descalza de pié y pierna, llevando acuestas el cantarillo, que pesa más que ella, y bajo un sol ardiente; brinca y salta como una cabra; lo mismo pisa un arrecife, que será una parrilla candente á esta hora, que si fuera alfom-

bra mullida. ¡Qué seis añitos tan floridos! Eso sí que es una bendición del cielo. ¿Qué se le da á ella del sol, ni de los guijarros, ni de su desnudez, ni de su carga? Ella firme que firme, robusta, frescota, alegre, prosperando con el pan de centeno, con los chaparrones y las solanas, sesteando á pierna suelta, en un agujero ó entre abrojos, mejor que reina poderosa en suntuoso lecho... anda, hija, canta, corretea, búrlate de los pájaros, menos animosos que tú, pues se cobijan entre las ramas mudos de calor. Dios te bendiga, canta hoy tú sola; también la niña de mi alma cantaba, que fué otro ruiseñor y pimpollo como tú.

Y aquí se detuvo la anciana como abrumada por aquel contraste.

Al cabo de algunos minutos alzó la cabeza, y parando su vista en un cuadro de la Virgen, prosiguió su soliloquio de esta manera:

— Tú, que con ser bendita entre todas las mujeres desfalleciste de dolor en los últimos días de tu hijo, sabiendo de antemano lo que había de suceder, y aceptastes el sacrificio que dió tanta gloria al Redentor y á la humanidad, endulzaste tu dolor acerbo con un gozo inefable; pero el mío... ¿dónde está? ¡Soy tan viejecilla, tan sola, tan infortunada! Si quieres que perezca esa criatura, que amo como á nadie... más que á nada (perdona mi idolatría), haz que yo me resigne, y no permitas que perezca yo ántes luchando en las sombras de la desesperación, en la duda, en la impiedad; si mi destino es conservarla tanto como mi vida, sánamela pronto, pero pronto, no sea que me sorprenda la dicha cuando haya muerto mi razón, porque yo me vuelvo loca. Tú, Virgen santa, con ser torre fuerte de David, gozastes de divinos consuelos; yo por ellos gimo ante tí con mi alma transida; anda, óyeme, Virgen Santa: pon soplo de salud en su seno, color en sus mejillas; da á sus labios inocentes sonrisas y palabras; abre sus ojos de cielo, déjalos que me acaricien como antaño, cuando le mostraba un juguete nuevo. Sálvanos á las dos, y luego... aceptarás la ofrenda de mi gratitud, porque dormiré al raso alguna vez, haré caminos penosos, ayunos rígidos, donativos considerables; mi vejez no traicionará mi gratitud. ¿No te basta? ¿Acaso son éstas sólo promesas ostentosas, casi de vanidad ó superstición? Otra cosa; ¡ah! otra mejor... por ejemplo... ¡Ah, sí, ya dí con ella! Señora y madre nuestra — añadió solemnemente — juro proteger en la forma que se presente á todo desdichado extranjero. ¡Oh! Los franceses han engendrado el único rencor de mi vida; ese sentimiento oscureció también el alma de mi madre... pues bien: seré de mis enemigos amparo en su desgracia... Los gabachos... los... ¡cuánto nos atormen... taron! — balbuceó reclinando la frente.

Y se quedó adormecida, ó mejor debiera decir rendida á la fatiga y al dolor.

Inmóvil el cuerpo, pero no sosegado el espíritu, permaneció un cuarto de hora, al fin del que se incorporó sobresaltada, oprimida, como quien despierta de terrorífica pesadilla. Corrió junto á la enferma; nada, todo como ántes: dos sirvientas velaban en el dormi-

torio. Temió no fuese aquel descanso el eterno; escuchó, tocó sus latidos, oyó la respiración, y retirándose se murmuró:

— Yo no estoy tampoco famosa de salud... aquí me asfixio. ¡Jesus, qué vahidos tengo!.. Pero vive, y llegarán los médicos á tiempo... ¡Vaya, qué temple tengo yo, eh! Ya ni lloro, casi me siento sosegada; pero... ¿á qué me he vuelto aquí? Mi puesto está allá; es verdad que, si se la llevasen, desde aquí podía con los ojos seguirla casi casi hasta el dintel de la eternidad. ¡Qué limpia y cándida lleva su alma! Como el ropaje del ángel que ha de trasportarla; la llevará como la trajo, sin duelos y sin protestas. ¿Y si yo muriese ántes que ella? ¡Pobrecita! Sin mí, ¿qué haría por estos laberintos de la vida, hermosa, solita como gacela entre cazadores? ¡Oh! Aquí siempre estamos bajo el látigo incansable del infortunio. Y siendo yo tan anciana, ¿por qué quiero que viva? ¡Qué egoistas somos las madres! Lloramos á cegar por los hijos, siendo así que sólo á ellos corresponde desde su cielo gemir por los que quedamos. Creen los más que una abnegación sublime nos cubre de duelo; quíá, es pesar de perder regalada costumbre; las caricias de los niños deleitan, su alegría lo inunda todo, y sin ella protestamos, porque pareceríamos sólo planta parásita, sin flor, ni fruto, ni sombra; no hay más: todos, todos sin exclusion, somos padres egoistas. Niña todavía, no ha recibido del mundo ni un arañacillo; pero, ¿y yo?... Y yo ¿habré sido injusta con ella? — se interrogó con visible ansiedad. — Veamos... recordemos: la he afligido... Sí, sí; pero no me duelo de ello; podré, á lo sumo, haberme equivocado; pero corregirle ha sido mi deber.

De pronto un estremecimiento nervioso recorrió todo su cuerpo; alguna idea cruel había brotado en su mente...

— Pero, no, no; ¡ántes muera yo de mala muerte que llegar á tan tremendo día de horror! — exclamó agitada. — ¡Cómo habías tú de volverte contra mí! Los ángeles no tienen de condenado las entrañas. Sin embargo — objetó cediendo á una nueva pero desoladora preocupación — también Carmelo, de niño, era un santín, un bendito de Dios, ni perdía lección, ni perdía misa, siempre se conservaba limpio como los chorros del agua; yo le llamaba el *Señorito*, y le daba un capirotoazo porque se me ponía serio. Señora — me respondía con su voccecita sonora — «si nací en las malvas, no moriré en las pajas.» Al oír al gaterilla su madre, la Mochona, se desternillaba de risa; y andando el tiempo... ¡y cómo anda... sin descanso! andando el tiempo la viuda hizo á su hijo hombre libre por la instrucción, y no huérfano ignorante y esclavo, desangrándose para lograrlo la infeliz mujer, y hete aquí que una hermosa mañana el galopin toma las de Villadiego, sin decir á nadie oxe ni moxte; la madre lloró aquel día todas las lágrimas de sus ojos; pensó, entre otros desatinos, irse á pie á buscarle por el mundo; yo se lo quité de la cabeza.

Por fin se supo en el pueblo que el *Señorito* éralo de verdad; llegó á *rico* y á *caballero*, mientras su madre seguía aquí más pobre, más vieja, más achacosa,

más desesperada que nunca. ¿Qué pasó luego? Es historia de maldición, espantosa; pero, sin embargo, demasiado corriente, harto repetida. Carmelo dejaba desfallecer á su madre de tristeza y de miseria; ella, por no deshonrarle, no pedía limosna de puerta en puerta, y todo se lo sufría en silencio. Por fin el *Señorito* creyó muerta á la que le había dado vida en sus entrañas; también todos lo creímos, y entonces vino al pueblo; hizo más: compróse en él haciendas. La Mochona salió del retiro donde se había ocultado para volar al encuentro de su hijo; la andrajosa le echó los brazos al cuello, estuvo á punto de sucumbir de felicidad. Carmelo no estaba solo; en aquel momento le acompañaba su *señora*, y Carmelo se sonrojó por aquellas intempestivas expansiones de amor, y secamente, en voz baja, la dijo un par de palabras, y la desvió de su puerta y cerró además ésta tras de sí. Temblaron las maderas, por cierto que algo se rompía; á los oídos del hijo llegó el rumor de una maldición, y cuentan que se sonrió sin estar loco. Aquellos labios que le habían besado y bendecido por espacio de treinta años enmudecieron, y el seno que le sustentó se rendía á la ingratitud y á la fatiga, cayendo la abandonada inerte contra el arrecife. ¡Jesus, Dios mío! — exclamó la abuelita — ¿á qué me traes á la mente memorias tan apenadoras?...

Pero, cual si cediera á interno dueño y señor, agregó amargamente:

— Cuando la Mochona recobró la facultad de pensar y de sufrir, que otra no le quedaba, entreabrió sus apagados ojos, derramando por ellos sombras y tristezas, besó el umbral de piedra, como besa en señal de perdón el reo la mano que le tronchará la vida. ¡Qué sentiría aquella madre! Sentiría más angustias, más acerbaba agonía que la madre de Jesus en el monte Calvario. Días después, unos segadores sacaron del río el cuerpo muerto de la Mochona, y Carmelo le hizo entierro; se puso gasa en el sombrero por el qué dirán. ¡Oh, los niños, los niños!... Si lo fueran siempre, ¡qué dicha para ellos y para nosotros, que viviríamos vida de ángeles! Mi niña es buena; pero ¿y si ha de mudarse?... — Y al pronunciar esta palabra una tibia oleada tiñó de vivo color su faz pálida. — Si se mudase — insistió — ¡oh! ya no te la pido, Señor; aparte de mí el cuchillo de la ingratitud, que abre muy sangrienta herida. ¡Pobre y santa Mochona, mártir sublime de tu amor, ruega por mí! — suspiró la anciana cerrando los ojos.

— ¡Señora, señora! ¡Por Dios, venga su merced! La niña no sé qué tiene... hace unos aspavientos... horribles... mete miedo mirarla... da lástima oír crugir sus dientes... — gritaba desahoradamente Marica, corriendo de una parte á otra sin saber lo que se hacía. Oyóla la abuelita sin cambiar de actitud y respondió lentamente:

— Serénate, muchacha, y ve en busca del santo óleo; y dile á tu hermano que encargue el ataúd, que hasta el último punto la acompañaré — agregó con un aplomo que hizo sospechar á la sirvienta que su ama se pondría por fin loca de remate.

— Eso es: cuando vuelvo á la razón me creen más

léjos de ella que nunca — se dijo la señora, tranquila, sí, pero demudada considerablemente.

— ¡Socorro! ¡Se muere! — gritaba la otra moza consternada, viendo que todo se acababa ya.

Siniestro, lúgubre aspecto ofrecía la alcoba de la mo-bunda; acercóse á la cabecera la anciana, roció con agua bendita á su niña, despues se arrodilló y dijo con voz firme:

— ¡Te la restituyo, Señor; acerca á ella tus manos, recibe su espíritu y bendice mi sacrificio!

CONDESA DE LOCATELLI.

EL DIOS IMPENETRABLE

A mi querido guía y maestro

D. RAMON DE CAMPOAMOR

DOLORA

En la cuna en que tierna y adorable
tantas veces su madre le durmió,
iba á dormir el sueño perdurable
que anhelo dormir yo.

La madre contemplaba con cariño
al niño, que reía al espirar,
y cada vez que contemplaba al niño
rezaba sin rezar.

Por fin sus tristes ojos se fijaron
buscando una esperanza en el doctor,
y con voz silenciosa así se hablaron
la ciencia y el amor:

— « Responded, por favor; dadme un consuelo;
sí el muere, yo también voy á morir. » —

— « Dios necesita este ángel en el cielo;
yo no lo sé impedir. » —

Respondió el sabio con el aire grave
del que ve destruido su poder,
y mostrando la calma del que sabe
despreciar su saber.

— « ¡Oh, Dios! Mi dicha en tus bondades fundo;
da vida al ángel que de mí nació,
pues más que tú en el cielo, aquí en el mundo
lo necesito yo. » —

Y despues de estas frases elocuentes
dichas por ella sin pensar quizás,
todavía sus lágrimas ardientes
dijeron algo más.

.....
Pero aquel ángel rubio voló al cielo.
¿Y la madre? — Vivió. — Quiero decir
que esperó largo tiempo con anhelo
la dicha de morir.

Dios no escuchó sus ruegos desdichados.
¿Por qué? Yo no lo acierto á comprender;
Dios no es cruel, áun cuando en casos dados
lo pueda parecer.

C. RODRIGUEZ PINILLA.

CUADROS REALES

LA FAMILIA EN FRANCIA

Se habla tanto y tan mal de la falta de vínculos de mutuo amor entre los miembros de las familias extranjeras, especialmente la francesa, que el que por vez primera llega á París cree hallar, en vez de algo parecido á nuestro clásico hogar, casas mejor ó peor organizadas, donde los hijos, separados casi

siempre de sus madres, carecen de los cuidados y del afecto de que tan pródigas se muestran las españolas.

Este es un error insigne, que contribuyen á fomentar las exageraciones de los viajeros, que sólo ven la superficie de las cosas á causa de la rapidez de su observacion, amargada sobre todo por la negra nostalgia que bien pronto se apodera de quien recuerda otras costumbres que no por ser diferentes son mejores.

De otra parte, los mismos individuos del país aparecen en muchas ocasiones dispuestos á ridiculizar ciertas usanzas, ya por medio de la caricatura, ya en el libro, ya, en fin, en el vivo espejo de la sátira teatral.

Es cierto que en Francia gran número de los matrimonios no se hacen por amor; pero no es ménos digno de notarse que hay gran número de uniones felicísimas, en las que se reunieron á la par fortunas y corazones.

El espíritu frances es eminentemente positivista, lo cual no quita para hallar en el seno de la familia grandes principios de severa moral y una cariñosísima educacion materna muy digna de ser imitada.

Conste ante todo que me refiero á la clase media, la que, por regla general, en todos los países comprende las gentes laboriosas, que figuran en las esferas del arte ó de la ciencia, y viven un tanto separadas del vertiginoso movimiento que hace de París un terrible torbellino de placeres donde desaparecen riquezas, salud, y quién sabe si el honor.

Una *parisienne* de muy buen talento, que en sus primeros años de matrimonio con un periodista distinguido, y ántes de tener su primer hijo, había llevado esa frívola existencia, me refería que sus antiguas amigas se despiertan á las nueve para el desayuno, se levantan á las doce para la primera *toilette* y el almuerzo; salen de paseo matinal hasta las dos; dedican la tarde á visitas, cambian de traje dos veces para la comida y para el teatro, terminando casi todas las noches en *soirées* bulliciosas, amén de las excursiones veraniegas. Y conste que se trata tan sólo de la vida intachable áun cuando divertida.

En esos casos la nodriza, que en ocasiones se lleva el niño al campo, la *institutriz* ó *gouvernante*, y otras personas asalariadas, cuidan del niño, que viene en cierto modo á hacer *pendant* con el caballo favorito que presenta el palafrenero, enjaezado, limpio y agradable á la vista los días de gala. En el fondo existe un abandono moral notable.

Bajando á lo más hondo del pueblo, se halla el abandono material, y acaso la perversion, inculcada lentamente en el ánimo de las pobres criaturas, he-

cho bastante extendido por desgracia suya, para cuyo remedio se han fundado, funcionan bien y se multiplican Sociedades benéficas que recogen el niño ántes de que pueda delinquir, no dejándole solo, ni áun traspasados los umbrales del crimen.

El hogar frances, propiamente dicho, el que puede compararse al español, existe, sí, para regocijo de los que aman este país, y le ven regenerarse y perder el estigma vergonzoso de sus pasajeros desaciertos y la triste catástrofe de sus imprevistas derrotas.

Con motivo de mi estancia en esta gran ciudad donde se celebra en los presentes instantes un notable acontecimiento, el Congreso de proteccion á la infancia, he podido estudiar bien á fondo ciertas interioridades, y conocer las reglas y preceptos educativos que se siguen en el seno de la familia, que creo de interes para los lectores de LA MADRE Y EL NIÑO, y expondré seguidamente.

EL DR. FAUSTO.

París 15 Junio 1883.

LOS PURITANOS

(NOVELA)

Á la señorita doña Josefina Locatelli

Era un caballero fino, distinguido, de fisonomía abierta y simpática. No tenía motivo para negarme á recibirle en mi habitacion durante algunos días. El dueño de la fonda me lo presentó como un antiguo huésped á quien debía muchas atenciones; si me negaba á compartir con él mi cuarto, se vería en la precision de despedirle por tener toda la casa ocupada, lo cual sentía extremadamente.

— Pues si no ha de estar en Madrid más que unos cuantos días, y no tiene horas extraordinarias de acostarse y levantarse, no hay inconveniente en que Ud. le ponga una cama en el gabinete.... Pero cuidado.... ¡sin ejemplar!...

— Descuide Ud., señorito, no volveré á molestarle con estas embajadas. Lo hago únicamente porque don Ramon no vaya á parar á otra casa. Crea Ud. que es una buena persona, un santo, y que no le incomodará poco ni mucho.

Y así fué la verdad. En los quince días que D. Ramon estuvo en Madrid, no tuve razon para arrepentirme de mi condescendencia. Era el fénix de los compañeros de cuarto. Si volvía á casa más tarde que yo, entraba y se acostaba con tal cautela que nunca me despertó; si se retiraba más temprano, me aguardaba leyendo para que pudiese acostarme sin temor de hacer ruido. Por las mañanas nunca se despertaba hasta que me oía toser ó moverme en la cama.. Vivía cerca de Valencia, en una casa de campo, y sólo venía á Madrid cuando algun asunto lo exigía; en esta ocasion era para gestionar el ascenso de un hijo, registrador de la propiedad. Á pesar de que este hijo tenía la mis-

ma edad que yo, D. Ramon no pasaría de los cincuenta años, lo cual hacía presumir, como así era en efecto, que se había casado bastante joven.

Y no debía ser feo, ni mucho ménos, en aquella época. Aun ahora con su elevada estatura, la barba gris rizada y bien cortada, los ojos animados y brillantes y el cutis sin arrugas, sería aceptado por muchas mujeres con preferencia á otros galanes sietemesinos.

Tenía, lo mismo que yo, la manía de cantar ó cantar al tiempo de lavarse. Pero observé al cabo de pocos días que, aunque tomaba y soltaba con indiferencia distintos trozos de ópera y zarzuela, deshaciéndolos y pulverizándolos entre resoplidos y gruñidos, el pasaje que con más ardor acometía y más á menudo, era uno de *Los Puritanos*; me parece que pertenecía al aria de barítono en el primer acto. D. Ramon no sabía la letra sino á medias, pero lo cantaba con el mismo entusiasmo que si la supiera. Empezaba siempre:

Il sogno beato
De pace e contento
Ti, ro, ri, ra, ri, ro,
Ti, ro, ri, ra, ri, ro.

Necesitaba seguir tarareando hasta llegar á otros dos versos que decían:

La dolce memoria
De un tenero amore.

Sobre los cuales se apoyaba sin cesar hasta concluir el *allegro*.

— ¡Hola! Don Ramon — le dije un día desde la cama — parece que le gusta á Ud. *Los Puritanos*.

— Muchísimo; es una de las óperas que más me gustan. Daría cualquier cosa por conocer un instrumento para poder tocarla toda. ¡Qué dulzura hay en ella! ¡Qué inspiracion! Estas son óperas y ésta es música. ¡Parece mentira que Uds. se entusiasmen con esa algarabía alemana que sólo sirve para hacer dormir!... Á mí me gustan con pasion todas las óperas de Bellini: *El Pirata*, *Sonámbula*, *I Capuletti e di Montechi*; pero sobre todas ellas *Los Puritanos*.... Tengo además razones particulares para que me guste más que ninguna otra — añadió bajando la voz.

— ¡Ole, ole, D. Ramon! — exclamé incorporándome de un salto y poniéndome los calcetines — vengan esas razones.

— Son tonterías de la juventud.... cuestion de amores — contestó ruborizándose un poco.

— Pues cuénte Ud. esas tonterías. Me muero por ellas; no lo puedo remediar: me gustan más esas cosas que la reforma de la ley Hipotecaria de que Ud. me habló ayer.

— ¡Al fin poeta!

— No soy poeta, D. Ramon; soy crítico.

— Pues me había dicho el amo que era Ud. poeta.... De todas maneras, se lo contaré ya que Ud. tiene curiosidad.... Verá Ud. como es una tontería que no merece la pena.... Pero vístase Ud., criatura, que se está helando.

El año de cincuenta y ocho vine á Madrid con una

comision del Ayuntamiento de Valencia para gestionar la rebaja de la cuota de consumos. Tenía yo entonces.... eso es, veintinueve años, y ya hacía siete cumplidos que estaba casado. Es una barbaridad casarse tan joven. Aunque no tengo motivo para arrepentirme, no aconsejaré á nadie que lo haga. Vine á parar á esta misma casa, esto es, á la misma posada; la casa estaba entonces situada en la calle del Barquillo. En aquella época, bueno será que le advierta que me complacía en andar muy lechugino ó sietemesino, como ustedes dicen ahora, cosa que tenía siempre *escamada* á mi pobre mujer. ¿Para qué te compones tanto, hombre de Dios? ¿Vas de conquista?—¿Quién sabe! contestaba riendo y dejándola un poco contrariada. No es malo tener á las mujeres un si es no es celosas.

Una tarde, una hermosa tarde de invierno, de las que sólo se ven en este Madrid, salí de casa despues de almorzar con el objeto de hacer algunas visitas y tambien para espaciarme por esas calles de Dios. Iba caminando lentamente por la de las Infantas, meditando sobre el plan de la noche, ó sea el modo de pasarla más divertida, y saboreando un buen cigarro habano, cuando de pronto ¡zas! recibo un fuerte golpe en la cabeza que me hace vacilar; el flamante sombrero de copa fué rodando por un lado y el cigarro por otro. Cuando me recobré del susto, lo primero que ví á mis piés fué una enorme muñeca fresca, sonrosada y en camisa.

—Esta buena pieza es la que ha causado el destrozo, dije para mis adentros lanzándole una mirada iracunda, que la muñeca aparentó no comprender. Mas como no era de presumir que ella por su voluntad se hubiese arrojado sobre mí de aquel modo brusco é inconveniente, pues jamás había hecho daño á ninguna muñeca, creí más probable que de alguna casa me la hubieran arrojado. Alcé la cabeza vivamente.

En efecto; el reo estaba de pié en el balcon de un primer piso, suspenso, atónito, consternado. Era una niña de trece ó catorce años.

Al observar la mirada de espanto y congoja que me dirigía se templó mi furor, y en vez de lanzarle un apóstrofe violento, como tenía determinado, le mandé una sonrisa galante. Puede ser que en la formacion de esta sonrisa haya intervenido más ó menos directamente la belleza nada vulgar del criminal.

Recogí el sombrero, me lo puse, y volví á alzar la cabeza y á remitir otra sonrisa, acompañada esta vez de un ligero saludo. Pero mi agresor seguía inmóvil y aterrado, sin darse cuenta ni poder explicarse las amables disposiciones en que su víctima se hallaba. Á todo esto la muñeca seguía en el suelo inmóvil tambien, pero sin mostrar en modo alguno sorpresa, pesar, terror, ni siquiera vergüenza de su situacion poco decorosa. Me apresuré á levantarla, cogiéndola, si mal no recuerdo, por una pierna, y me informé minuciosamente de si había padecido alguna fractura ú otra herida grave. No tenía más que leves contusiones. Alcé-la en alto y la mostré á su dueño, haciéndole seña de que iba á subir para entregársela. Y sin más dilaciones entro en el portal, subo la escalera y tomo el cordon

de la campanilla.... Ya está abierta la puerta. Mi lindo agresor asoma su rostro trigüeño, gracioso, lleno de vida y frescura, y extiende sus manos diminutas, en las cuales deposito respetuosamente á la muñeca desmayada. Quise hablar para dar seguridad de que no era nada lo que había pasado, que la muñeca conservaba íntegros sus miembros, y yo lo mismo, y que celebraba la ocasion de conocer una niña tan hermosa y simpática, etc., etc. Nada de esto fué posible. La chica murmuró confusamente un «muchas gracias», y se apresuró á cerrar la puerta, dejándome con el discurso en el cuerpo.

Salgo á la calle un poco contrariado, como cualquier otro orador en el mismo caso, y sigo mi camino, no sin volver repetidas veces la cabeza hácia el balcon. Á los treinta ó cuarenta pasos observo que está la niña asomada, y me paro y la envío una sonrisa y un saludo ceremonioso. Esta vez contesta, aunque ligeramente, pero se apresura á retirarse. ¡Cuidado que era linda aquella niña! Al llegar al extremo de la calle sentí la necesidad imperiosa de verla otra vez, y dí la vuelta no sin percibir cierta vergüenza en el fondo del corazon, pues ni mi edad ni mi estado me autorizaban semejantes informalidades, mucho ménos tratándose de tal criaturita. Ya no estaba en el balcon.

—Pues yo no me voy sin verla—me dije, y pian pianito comencé á pasear la calle sin perder de vista la casa, con la misma frescura que un cadete de Estado Mayor. Despues de todo, aquí nadie me conoce — me iba repitiendo á cada instante á fin de comunicarme alientos para seguir paseando. — Además, yo no tengo nada que hacer ahora, y lo mismo da vagar por un lado que por otro.

Justamente, al cruzar tercera ó cuarta vez por delante del balcon, surgió en él la gentil chiquita, que al verme hizo un movimiento de sorpresa, acompañado de una mueca encantadora, se echó á reir y se ocultó de nuevo.

¡Pero qué necios somos los hombres y qué inocentes cuando se trata de estos asuntos! ¿Querrá Ud. creer que entonces no sospeché siquiera que la niña había estado presenciando, sin perder uno solo, todos mis movimientos?

Satisfecho ya el capricho, dejé la calle de las Infantas y me fuí á casa de un amigo. Mas al día siguiente, fuese casualidad ó premeditacion, aunque es muy probable lo último, acerté á pasar por el mismo sitio á la misma hora. Mi gentil agresor, que estaba de bruces sobre la barandilla del balcon, se puso encarnado hasta las orejas así que pudo distinguirme, y se retiró antes de que pasase por delante de la casa. Como usted puede suponer, esto, lejos de hacerme desistir, me animó á quedarme petrificado en la esquina de la primer bocacalle en contemplacion estática. No pasaron cuatro minutos sin que viese asomar una naricita nacarada, que se retiró al momento velozmente, volvió á asomarse á los dos minutos y volvió á retirarse, asomóse al minuto otra vez y se retiró de nuevo. Cuando se cansó de tales maniobras, se asomó por entero y me miró fijamente por un buen rato, cual si tratase de de-

mostrar que no me tenía miedo alguno. Entonces se generalizó por entrambas partes un fuego graneado de miradas, acompañado por lo que á mí respecta de una multitud de sonrisas, saludos y otros proyectiles mortíferos, que debieron causar notables estragos en el enemigo. Éste á la media hora oyó sin duda en la sala el toque de «alto el fuego», y se retiró cerrando el balcón. No necesitaré decirle que, por más que me sintiese avergonzado de aquella aventura, seguí dando vueltas á la misma hora por la calle, y que el tiroteo era cada vez más intenso y animado. Á los tres ó cuatro días me decidí á arrancar una hoja de la cartera y á escribir estas palabras: *Me gusta Ud. muchísimo*. Envolví dos cuartos en la hoja, y aprovechando la ocasión de no pasar nadie, después de hacerle seña de que se retirase, le arrojé al balcón. Al día siguiente, cuando pasé por allí, ví caer una bolita de papel que me apresuré á recoger y desdoblar. Decía así, en una letra inglesa, crecida, hecha con mucho cuidado y el papel rayado para no torcer: *Tan bien usted me gusta á mí no crea que juego con muñecas era de mi ermanita*.

A. PALACIO VALDÉS.

(Se continuará)

BENEFICENCIA

CONGRESO INTERNACIONAL

PARA LA PROTECCION DE LA INFANCIA

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA SESION DE LA ASAMBLEA GENERAL DEL 22 DE JUNIO POR EL DR. TOLOSA LATOUR, Á NOMBRE DE LA PRIMERA COMISION, COMO INFORME RESPECTO Á ORGANIZACION DE LOS HOSPITALES DE NIÑOS

Señoras y Señores: Perdónese me si, enviado por mis compañeros, subo á esta tribuna, que ilustran tantas celebridades científicas, tantos hombres de corazón y tantos bienhechores de la humanidad, á cansar por breves instantes vuestra para mí benévola atención con el resumen de los votos formulados después de una discusión profunda por la primera Comisión en el punto interesantísimo: *Organización de los hospitales de niños*. Ante todo permitidme saludar, en nombre de mi patria, á esta Asamblea libre, hija de la iniciativa privada, la más fecunda de todas, Asamblea que llamaba nuestro querido colega y presidente Mr. Jorge Bonjean las *Assises* de la Caridad, y que, dada la extensión é importancia de su labor, yo llamaría de buen grado las *Constituyentes de la Beneficencia internacional*. Y esta iniciativa es seguramente la más estimable, por cuanto sirve de base á las organizaciones más sólidas y duraderas en materias de protección.

Dígalo si no la *Sociedad general de protección* que nos reúne, mientras que yo, por mi parte, hablo en nombre de corporaciones análogas que han puesto las bases de grandes instituciones.

Es la primera la *Asociación nacional para la fundación y sosten de hospitales de niños*, que preside la señora duquesa de Santofía, que ha fundado su primer hospital en Madrid, cuyos planos están á vuestra disposi-

ción para que los examineis, y que me permitiré decir que está sostenida actualmente por los únicos esfuerzos de dicha caritativa señora. Estos ejemplos son harto raros para que no sea preciso mencionarlos con la misma sencillez con que se realizan, dejando los comentarios que inspira un hecho tan elocuente á vuestra simpatía hacia todo lo grande. (*Repetidos aplausos*.)

La *Sociedad protectora de los niños*, presidida por el señor duque de Veragua, ha realizado progresos muy notables que no puedo detallar en este momento. No hablaré tampoco ni de la *Sociedad Española de Higiene*, que ha fundado un premio referente á la *mortalidad de la infancia*, ni de la *Sociedad Ginecológica*, que, ocupándose del examen de cuantas cuestiones interesan á la mujer enferma, claro está presta grandes servicios á la infancia, como he tenido ocasión de decir en el seno de la Comisión al tratar con el sabio Dr. Marjolin, á propósito de oftalmía purulenta como causa de cegueras en los niños.

Estas corporaciones siguen nuestros actuales trabajos con extraordinario interés.

Voy, pues, á abordar la cuestión, rogándoos de nuevo esa fraternal simpatía de que sois tan pródigos para los que, como yo, carecen de dotes oratorias, y no poseen además completamente los recursos retóricos de vuestro preciso y elegante idioma.

Si la infancia sana, abandonada ó culpable, necesita protección y ayuda, fácilmente comprendereis, Señoras, y me dirijo con especialidad á vosotras, porque conozco, como ya dije el otro día, por cara y filial experiencia la abnegación y el amor de la madre francesa, comprendereis todos cuantos sufristeis, y en vuestras largas horas de dolor habeis visto inclinarse sobre vuestra ardorosa frente unos labios siempre amantes que destilaban la más pura expresión del amor, el beso materno, cuán grande es la misión que la Sociedad ha de llenar, no sólo respecto de los niños enfermos de madres pobres, si que también para aquellos pobrecitos huérfanos privados de aquel consuelo, y á quien la Caridad ha recogido en su seno.

Es, pues, un punto capitalísimo el que se refiere á la infancia, que sufre males internos que sólo puede corregir un constante y celoso cuidado, tan importante como el que necesita quien sufre persecución y martirio por gentes perversas. Ya conocéis los remedios con que se cuenta actualmente para secuestrar el niño de las malas compañías, para moralizarle é instruirle, para redimirle si fué culpable, para garantizar su honradez si, como se citaban algunos casos, el infeliz rechazaba las sugerencias del mal obrar. Pero es preciso fijarnos con algún detenimiento en las instituciones fundadas para socorrer al niño enfermo. En primer lugar, debo decir que quien en primer término puede y debe prestar una protección decidida y constante al niño es el médico, ese sacerdote del cuerpo, cuyos consejos son casi siempre atendidos por sus madres. Inspirado en esta idea pronuncié en 1881 una conferencia dedicada á varios alumnos de la Facultad, abordando este punto y haciendo ver que en las cuestiones relacionadas con el aborto, abandono,

consejos, etc., el profesor puede hacer mucho. Sería, pues, de desear que, bajo bases generales, todos los médicos y las comadronas formaran una gran asociación encaminada á evitar los abortos y otras culpables maniobras, que son, como no hace mucho tiempo me indicaba un ilustre congresista, una de las causas de la escasez de nacimientos en Francia. Sus miembros se encargarían de propagar los preceptos y consejos; y no se diga que esto es impracticable, pues ni siquiera se necesitarían cuotas.

La importancia de los hospitales especiales se demuestra por sí misma. Su fundacion obedece á conveniencias de moralidad é higiene muy principalmente, sin contar que es indispensable, no sólo los tratamientos especiales, sino tambien alimentacion, cuidados, vigilancia especialísimas. Es preciso poseer para tratar niños lo que el ilustre Dr. Roger, mi sabio amigo, llama con exactitud *corazon materno*. Los niños no pueden ni deben estar en los hospitales generales, á causa de la compañía que allí encontrarán, y muy especialmente por la facilidad con que un organismo jóven puede ser contagiado. Precisamente una gloria de la Francia, Mr. Pasteur, y sus numerosos y notables discípulos, hacen ver las consecuencias de estos contagios, dada la facilidad con que se desarrollan los gérmenes morbosos.

La enfermera del niño, como el médico, tienen que ser verdaderamente una especialidad. ¡Cuánta dulzura, cuánta abnegacion son necesarias! En este sentido, no obedecería á la voz de mi conciencia si no emitiera un voto especial y mio, de que estas instituciones están servidas por personas que, más que por el interes, sirven por placer, por amor al niño, sentimiento que es en último término la más pura expresion del amor de Dios. (*Aplausos*.)

Pero se me dirá: ¿acaso los hospitales de niños no separan, durante más ó ménos tiempo, al niño de la madre? Sí; en efecto, esta separacion tiene lugar; es exacto que, como dice la distinguida escritora doña Concepcion Arenal en una comunicacion dirigida á este Congreso sobre *la madre del niño abandonado*, «el destino de la madre está íntimamente unido con el del niño. No debemos contribuir á separarlo de su madre». Sin embargo, hay instantes en que esto es indispensable. Vamos á verlo.

M. DE TOLOSA LATOUR.

(Se continuará)

PENSAMIENTOS Y FRASES

EN UN ÁLBUM

Á A. B.

La naturaleza humana, y quizás algo más la de la mujer, sólo concede al gran mérito estricta y mermada justicia, cuando no puede ménos, y todavía en este caso procura aminorarlo con la expresion de algun defecto que con solicitud busca en la persona de quien ha de confesar *que vale*, siempre con harto dolor y sa-

crificio del más inseparable y constante de los amores: del amor propio.

Feliz Ud., que nada sabe de la bondad que encierra, de la belleza que atesora, de los nobles sentimientos que su corazon guarda; porque si excelente es la bondad, si arrebatadora la belleza y encantadores los sentimientos, ¡con cuánto más realce y brillo aparecerá una belleza ignorada, una bondad no sabida, y unos sentimientos de que sólo dan cuenta, por acaso, las conmovedoras narraciones de ajenas y verídicas personas!

FRANCISCO COUDER MORATILLA.

¿Se os ocurrió nunca pensar que existe cierta identidad entre el hogar y el jardín? Al visitar uno de éstos, ¿veis en él flores, árboles y follaje? ¿Lo hallais risueño y ameno, y fértil, y floreciente, y umbroso, y verde, y lozano, y fresco? Es que hay agua. No importa que no se vea. Existe. No aparecerá tal vez, no se verá; pero está oculta entre el follaje, se desliza por entre la hierba, murmura en lo profundo.

Lo propio sucede con el hogar. ¿Hay allí la frescura del aseo, la comodidad del reposo, el orden de la casa, la belleza, el encanto, la serenidad, el contento, la vida? Pues hay una mujer. Podrá no aparecer acaso, nadie la verá tal vez, pero existe; que es la mujer el alma del hogar, como del jardín lo es el agua.

(VÍCTOR BALAGUER.)

La compasion para las almas es el alma de la compasion.

(E. FREY.)

La verdadera recompensa al amor es amar aún más.

(A. VINET.)

Es muy agradable no ocuparse más que de la educacion que desarrolla; la que reprime viene siempre demasiado pronto para la madre, y con frecuencia demasiado tarde para el niño.

(MADAME NECKER.)

A MARÍA...

Tomo mi pluma enojosa;
y aunque mi verso es perverso,
hoy voy á decir en verso
lo que siempre he dicho en prosa.
Y esto no es adulacion,
ni es mera galantería,
porque lo digo, María,
con todo mi corazon.

Está de más que te alabe.
¿Para qué se necesita
decir que eres bonita,
si todo el mundo lo sabe?
No eres dada á la ficcion,
ni orgullosa en tus maneras;
¡y eso que serlo pudieras
más que muchas que lo son!

Eres, en fin, la mujer
de más valor para esposa:
bella, modesta, hacendosa. ...
y cuanto bueno hay que ser.

Tus dotes son envidiables,
y está muy puesto en razon
que no te inspire pasion
quien las tiene despreciables.
Reconozco, pues, en mí
una persona vulgar;
y al ver con harto pesar
que no soy digno de tí,
tan sólo es mi pretension
que alumbre la dicha mía...
un rayo de simpatia
nacido en tu corazon!!

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.

DICHOS Y HECHOS

Durante la ausencia del Dr. Tolosa Latour, se ha encargado nuestro redactor literario D. Juan Perez Zúñiga de la direccion de LA MADRE Y EL NIÑO.

..

Un apreciable suscriptor nos escribe una carta llamando la atencion acerca de los malos tratos de muchos agentes de la autoridad para con infelices niños.

Es muy sencillo: depende de que aquí el principio de autoridad es sinónimo de *fuerza bruta*. Unimos á la suya nuestra indignada protesta.

..

Leemos en *La Higiene*:

«Asegúrase que el Sr. Moreno Benitez, presidente de la Diputacion provincial de Madrid, será el encargado por la Comision especial que estudia las reformas y construccion de asilos benéficos, para pasar á París con objeto de adquirir los artefactos precisos con arreglo á los últimos adelantos.

»Parece que algunos diputados provinciales se ofrecerán á encargarse de dicha comision, haciendo el viaje de su bolsillo particular.

»¿No sería más económico y de resultados prácticos más beneficiosos encargar de esta comision á un inteligente é ilustrado higienista que actualmente se encuentra en París, al Dr. Tolosa Latour?»

Mucho agradecemos á nuestro colega las lisonjas que dedica al Director de esta revista; mas el Sr. Tolosa Latour se hallará quizás en camino de su patria cuando esto llegue á su noticia. No obstante, aseguramos que trae elementos y datos suficientes para poder desempeñar una comision tan en armonía con sus propósitos.

..

Damos las gracias más expresivas á todos nuestros colegas de Madrid y provincias, por las benévolas y muy cariñosas frases que dedican á nuestro Director con motivo de su expedicion á París.

En el presente número verán nuestros lectores el *Discurso* pronunciado en la Asamblea general, y un artículo que nos ha remitido. Respecto á las sesiones

del *Congreso*, ya han visto la luz pública en extracto en las columnas de *El Liberal*, siendo copiados por otros periódicos científicos y políticos.

La conocida librería Gutenberg publicará próximamente un tomo titulado *Tres semanas en París*, en el cual se verán reflejadas las diversas impresiones de esta expedicion bajo el aspecto científico, literario y artístico. Excusado parécenos advertir que nuestros favorecedores merecerán preferencias del editor respecto á la adquisicion del libro.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

Coleccion de monografias de Medicina y Cirugia. — Director: Dr. M. CARRERAS SANCHIS. — Segunda monografía: BRINON. — *Estudio sobre la anatesia quirúrgica, obtenida por la accion combinada de la morfina y del cloroformo.* — Precio, 1,50 pesetas.

Es un precioso folleto el que acaba de traducir y publicar Carreras Sanchis con destino á su Biblioteca de monografías, que reunen las condiciones de baratura, elegancia y utilidad.

— *Libro médico azul de fórmulas, notas terapéuticas é informes sobre nuevos adelantos en la Química y Farmacia.* — Parte 1.^a — Publicado por BURROUGHS, WELLCOME y compañía, químicos. — Snow Hill Buildings. — LONDRES: E. C. Catálogo muy elegante, impreso con gran lujo, cuya remision agradecemos.

La Mujer de su casa, por DOÑA CONCEPCION ARENAL. — Madrid, 1883. (Véase el anuncio.)

La distinguida escritora Doña Concepcion Arenal ha publicado un libro que está llamado á ejercer una bienhechora influencia en la familia española. En él se combaten los errores que existen respecto del carácter que la mujer debe presentar respecto de sus deberes para con sus hijos. Como muestra de su importancia trascribimos un capítulo, con lo cual nuestros lectores pueden formarse cabal idea de lo mucho útil que contiene este valioso trabajo, que debieran leer todos nuestras contemporáneas.

Reciba nuestra ilustre colaboradora la más entusiasta enhorabuena.

Breves apuntes para la historia del periodismo médico y farmacéutico en España, por el Dr. D. FRANCISCO MENDEZ ALVARO, Director del periódico titulado *El Siglo Médico*. — Madrid: Enrique Teodoro, impresor, 1883.

Lujosamente editado por el conocido artista tipógrafo D. Enrique Teodoro hemos recibido el libro que anunciamos, y que reviste con una forma sencilla y amena datos de extraordinario interes para cuantos cultivan el periodismo *médico* en España. Es una reseña hecha con escrupulosa atencion por el distinguido Director de *El Siglo Médico*, Dr. Mendez Alvaro, de cuantos periódicos han visto la luz pública en nuestro país desde 1734 hasta nuestros días. Nuestros plácemes al decano periodista y al inteligente editor.

Madrid: 1883. — Enrique Teodoro, impresor, Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8